

“NADA SE OBTIENE SIN DINERO”: PÉRDIDAS Y GANANCIAS DE UN HOMBRE
DE LETRAS

Alejandra Laera

“Aquí reina el dolo y la malicia - Hay todo pero nada se obtiene sin dinero, pues hasta la mierda se compra y se vende.”
Carta de Esteban Echeverría a su hermano José María, París,
22/3/1826

“El dinero jamás podrá ser un título si no está en manos puras, benéficas y virtuosas. Un alma estúpida y villana, un corazón depravado y egoísta, podrán ser favorecidos de la fortuna; pero ni su oro, ni los inciensos del vulgo vil les infundirán nunca lo que la naturaleza les negó: *capacidad y virtudes republicanas.*”
Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, 1846

“Todo lo abandonó: bienes de fortuna, esperanzas de bienestar para lo futuro, y hasta sus manuscritos”
Juan María Gutiérrez, *Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría*, 1871

Propongo, para empezar, visualizar dos imágenes de Esteban Echeverría que funcionan reversiblemente y a las que han contribuido sus propios escritos, sus elecciones vitales y literarias y los retratos de sus contemporáneos.

La primera imagen es bien conocida: es la de aquel Echeverría que, débil y enfermo del corazón, ha decidido despojarse de todo. Es la de aquel que, tras el traje siempre arreglado y con rastros de su estancia europea, pasa aprietos económicos en Buenos Aires o vive careciente en el exilio oriental. Es la de aquel que, sólo en su apariencia, ya que no en la escritura privada o en las ficciones autobiográficas donde expresa sus sufrimientos físicos, morales y materiales, guarda la compostura. En efecto, Echeverría no ha elegido el foro (como Juan Bautista Alberdi o Vicente Fidel López), ni ha elegido representarse como un trabajador (a la manera de Sarmiento, con sus poses de minero, publicista o funcionario). En cambio, ha preferido que su imagen estuviera signada por aquello que le falta: salud, reconocimiento, dinero. La eficacia de esta imagen no radica únicamente, como cabría esperarse, en la situación límite ante la cual lo pone su antirrosismo, sino que abreva en los años veinte: primero, en la pérdida del padre y de la herencia familiar, que lo obligan

a buscar un trabajo como comerciante en vez de continuar sus estudios; después, en las dificultades económicas durante el viaje de iniciación a Europa, que financian sus ex patrones los Lezica y que concluye abruptamente por la quiebra del negocio. Durante los treinta, la imagen se perfecciona sobre el molde del poeta romántico, y en la década siguiente, se intensifica hasta un límite que lo lleva, tempranamente, a la muerte. Por supuesto, este final actúa retroactivamente y tiende a acentuar el perfil careciente de Echeverría frente a otros perfiles posibles. Probablemente haya sido la semblanza biográfica de su amigo Juan María Gutiérrez la que cristalizó esta exitosa representación del poeta, al narrar su vida siguiendo un camino en el que la carencia y el despojo definen un modo de vida, una ética, aunque -cabe aclarar- nunca un estilo en el sentido de que no se caracteriza por un uso discreto de la palabra.¹ Según Gutiérrez, Echeverría viajó como “un anacoreta”, como “un verdadero estudiante”, como “hombre sensato que economiza gastos superfluos” (13); según Gutiérrez, también, al exiliarse “todo lo abandonó: bienes de fortuna, esperanzas de bienestar para lo futuro, y hasta sus manuscritos” (40), y ya en el destierro, sufrió “escasez y privaciones” pero “jamás se le ocurrió lucrar con su pluma” (48 n1).² Una imagen, en definitiva, que recorre su vida y su relación con la literatura, además de sellar su suerte póstuma: el cuerpo que nunca pudo hallarse, que se perdió literalmente en el exilio tras su muerte.

La segunda imagen se diseña en el revés de esta otra y justo en ese momento en el que, antes de iniciado el proceso de pérdida, potencialmente se lo tiene todo. Es una imagen menos conocida, proclive a ser ignorada, aunque hay que reconocer que Gutiérrez, en los citados apuntes biográficos, deja constancia de ella, al menos porque le sirve para subrayar el gesto de sacrificio inherente a la anterior. Se trata de un Echeverría preocupado permanentemente por el dinero: por conseguirlo como sea, por ganarlo y conservarlo, por ganarlo para poder gastarlo. En el viaje a Europa de la juventud y en el exilio oriental de la madurez se construye una suerte de faceta negativa de esta imagen, en la medida en que su característica principal es la preocupación por obtener dinero debido a que no se lo posee. Pero me interesa resaltar de la imagen lo que podríamos llamar su faceta productiva. Por un lado, esta faceta se diseña en aquellos gestos que vinculan el trabajo literario con la ganancia económica, y que se proyectan en la escritura en algunas pocas pero definitorias observaciones sobre los modos de ganarse el sustento a través de una actividad intelectual.

Por otro lado, la faceta productiva se diseña en el período en el que Echeverría trabaja con su hermano como pequeño empresario en la industria rural, y se proyecta en la escritura, por entonces pero también en otros momentos de su vida, en diversos textos de corte ensayístico que versan sobre economía política. Evidentemente, esta imagen se recorta en el revés de la anterior, sólo que parece adecuarse mejor la otra, la de la carencia, a la idea de poeta romántico capaz de alcanzar una dimensión nacional.

En ese punto, y aunque en principio nada haría relacionar a Echeverría con los intereses en los bienes materiales, es que propongo leer el revés de la carencia; esto es: la preocupación por el dinero y, como extensión, por la economía. En principio, ello se debe a que la relación entre literatura y dinero está en la base de la idea de autor que maneja el romanticismo una vez que recupera lo que la literatura, entendida como práctica cultural, tiene de materialidad. Esta idea de la literatura, que la hace pasible de convertirse en una elección profesional en la medida en que se la considera un medio de vida genuino, está presente no sólo en muchos de los románticos a los que Echeverría lee en su juventud, sino también en el mismo ambiente cultural que estuvo en condiciones de observar, y aun frecuentar, cuando fue contemporáneo de esos románticos en París entre 1826 y 1830. Estos años, los de la estada formativa en Europa, son los mismos en los que pudo probar las sensaciones dejadas por el *Don Juan* que Byron terminó en 1823 o por las *Meditaciones* que Lamartine compuso entre 1820 y 1823, y en los que pudo imbuirse de la provocación lanzada por Victor Hugo en el prefacio al *Cromwell* de 1827 y, justo antes de partir, del escándalo de la triunfante representación de *Hernani* en febrero de 1830. También son los años en los que, para tomar el de 1826 que corresponde a las cartas a su hermano donde deja registro de sus experiencias, Echeverría pudo haber leído alguna nueva novela de Walter Scott en inglés, y las *Odes et ballades* de Hugo y los *Poèmes antiques et modernes* de Alfred de Vigny en francés; pudo haber admirado *La matanza de Chios* pintada poco antes por Delacroix, y pudo haber escuchado la novena sinfonía de Beethoven, la primera composición de Chopin o *La muerte y la doncella* de Schubert que se dieron a conocer por entonces. Pero esos años, además, son aquellos en los que, por encima de las diferencias entre el romanticismo monárquico y el liberal propios del primer lustro de la década del 20, se realiza la “unidad romántica”, o sea que Echeverría tiene un conocimiento más o menos indiscriminado de todos los temas románticos así como de las vinculaciones posibles entre

literatura y política que, al encarnarse el ideal del escritor en la figura del poeta, permiten pasar de la misión de renovación poética a la “misión humana”.³ Ahora bien, para decirlo de otro modo: Echeverría no sólo estuvo en condiciones de incorporar tópicos y motivos románticos que van desde las desdichas del genio a la insatisfacción de corte byroniano y desde la figura del peregrinaje a la del apostolado poético, sino que también pudo aprender un modo de posicionarse y de moverse en el campo cultural vinculado con las nociones modernas de autor, de obra y de profesión literaria. Es cierto, como señala Beatriz Sarlo, que a su regreso a Buenos Aires en 1830 Echeverría “ya ha aprendido a valorar la doble investidura de ideólogo y poeta”, pero también lo es que ha aprendido a valorar materialmente la escritura literaria.⁴ De allí, entonces, que sea en términos del romanticismo -y de un romanticismo que va más allá de las pruebas, las poses y las figuraciones- que la idea de la literatura, y de la literatura como un modo de vida, encuentre una de sus hormas en el pensamiento económico.

Considerar las vinculaciones con el dinero y la economía que hay en la trayectoria intelectual de Esteban Echeverría permite, ante todo, articular tres zonas que en general se han pensado en discontinuidad, o apenas relacionadas por la coyuntura política, y no a partir de una ideología de autor: un aspecto de su idea de la literatura (el impulso profesional), un modo de vida (la actividad industrial en Los Talas) y un conjunto significativo de su producción ensayística (las propuestas sobre economía política). ¿Por qué no leer a Echeverría, en definitiva, no sólo como el poeta romántico, apóstol espiritual de su generación, sino también como ese hombre productor característico de la primera mitad del siglo XIX y que tanto tiene que ver con la posibilidad de emergencia de un tipo moderno de autor que encarna en el escritor romántico? ¿Qué revelaría hacer hincapié antes en la faceta de hombre productor de Echeverría que en la corrosión y fracaso que la coyuntura política y el exilio vienen a producir en ella? Así, un texto capital como *La cautiva*, escrito en la estancia familiar, podría leerse también en relación con la configuración industrial del campo y no únicamente como resultado de una inspiración ruralista. Así también, la crítica política de *El matadero* podría leerse en relación con las disquisiciones en torno del comercio presentes tanto en esa ficción inaugural como en los ensayos.⁵ De igual modo, sus escritos literarios del último lustro de los años 30 podrían articularse mejor con la segunda lectura realizada en el Salón literario que versa sobre el

industrialismo, y a su vez, comprenderse esta elección en el marco de las temporadas que pasa trabajando, como escritor y como empresario, en el establecimiento industrial del campo. Por último, se entenderían más ajustadamente ciertas contradicciones alrededor de la práctica literaria, cierta actitud ambivalente entre lo que significa vender la obra y vender la escritura.

En un momento en el que la economía política clásica, cuyo énfasis está puesto en la producción (Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill y Karl Marx) o en la reproducción (Malthus), comienza a desplazarse hacia una economía neoclásica centrada en el consumo, Echeverría es todavía claramente lo que podría denominarse un “hombre económico productor”.⁶ Nada más lejos de él que la actitud del reproductor, como lo muestran sus críticas a la adopción indiscriminada de teorías importadas: “El verdadero ingenio no es erudito ni pedante; hace sí uso de la erudición para robustecerse y agrandarse; pero no suicida su inteligencia convirtiéndose en órgano mecánico de opiniones ajenas.”, advierte en la primera lectura hecha en el Salón literario (106). Nada más lejos tampoco que un anticipo del hombre consumista, como lo muestra, en un extremo, esa suerte de mirada despechada sobre el ritmo de vida que se anuncia en París, y en el otro, la admiración frente a una naturaleza tropical que libera al sujeto de las tentaciones cotidianas: “Aquí reina el dolo y la malicia”, advierte en la temprana carta a su hermano que sirve de epígrafe a este artículo, “pues hasta la mierda se compra y se vende.”;⁷ “Admira la naturaleza siempre viva, siempre fecunda e inagotable -ese verano perpetuo- ese cielo libre de las angustias de hielo consumidor”, escribe por esa misma época refiriéndose al protagonista de *El peregrinaje de Gualpo*” (335). Hombre productor, entonces, para quien el dinero y la economía constituyen un doble núcleo de interés y reflexión: si en lo personal es fundamental la pregunta sobre los modos legítimos de ganar dinero, en su dimensión social lo es la pregunta acerca de los rumbos económicos que una nación debe tomar.

Entre el dinero y la gloria

Si el “Diario de Gastos” de Sarmiento expondría pormenorizadamente, hacia 1846, cada uno de los gastos realizados en Europa con el dinero recibido del gobierno chileno para hacer el viaje, poniendo así al descubierto un aspecto inédito del intelectual argentino

que terminó adjudicándole a ese “documento” un valor revelador, también Echeverría dejó evidencia de su interés en llevar las cuentas en escritos de carácter privado, aunque éstos no hayan tenido el feliz destino documental del Diario sarmientino.⁸ De hecho, los gastos de Echeverría en su viaje a Europa aparecen con bastante detalle, pero sobre todo con obsesiva preocupación, en la correspondencia privada, particularmente la dirigida a su hermano, de por lo menos el primer año de travesía, o sea entre 1825 y 1826. Los gastos de dinero y los modos de obtenerlo son los dos tópicos más importantes de las cartas que se han conservado de aquella época. Lo son más aún, por lo pronto, que el relato de la accidentada travesía hacia Europa y que la descripción de las tropicales tierras del Brasil en las que debió recalar varios meses. Lo son más aún, incluso, que las observaciones políticas sobre la situación europea que ocupan casi siempre el espacio de la posdata en las primeras cartas desde Francia. En cambio, el cuerpo de las cartas, al menos de las que se conocen en la actualidad, está permanentemente atravesado por preocupaciones económico financieras.

¿Qué mejor ejemplo de la importancia adjudicada al dinero que el tratamiento dado por Echeverría al temporal que interrumpe el viaje a Europa para hacerlo recalar en el norte de Brasil? Mientras en los ensayos poéticos el temporal se transmutaría en tempestad y naufragio, cumpliendo así una suerte de función romántica que le sería inherente, en las cartas pronto deja de ser parte de los “sucesos extraordinarios” a los que se refiere su autor -como los llama en una carta a Sebastián Lezica del 14/12/1825 escrita desde Bahía- para convertirse en el prosaico disparador de los problemas de dinero del joven viajero, quien debe ingeniárselas para cubrir los gastos ocasionados por la demora debida al mal clima:

El capitán de la Joven Matilde me ha devuelto \$125; de manera que no he pagado por mi transporte hasta aquí sino \$75. Luego que arrive a Havre de Gracia, viajaré hasta París con los Sres. Suizos, quienes me han facilitado algún dinero para mi transporte, quedando yo en reembolsarlos luego que pueda valerme del crédito que el Sr. Lezica se ha servido abrirme en casa del Sr. Larrea en París.
(Carta a José María Echeverría, Bahía, 14/12/1825)

Así también, cuando le empiece a contar a su hermano el modo como aprovecha la estancia parisina, el valor económico de cada decisión será fundamental para otorgarle además un valor afectivo o intelectual:

Al presente vivo en casa de un Sr. Davel, habitación que me procuró el Sr. Voreign donde pago por casas, almuerzo y comida 100 fr. por mes; aquí no permanecere sino un mes por estar muy retirado

de los estudios, pero luego me alojare en casa de una familia honrada, donde seré mirado como hijo, pr. el mismo precio. He entrado en una institucion llamada Ateneo donde se dictan de noche diferentes cursos de estudios pr. habiles profesores: tiene los papeles publicos y una biblioteca, pr. el modico precio de 60 fr. pr. año - Puede uno concurrir desde las 8 de la mañana hasta las once de la noche. (Carta a José María Echeverría, París, 22/3/1826)

La anterior comparación con Sarmiento, realizada en función del registro de gastos en los respectivos viajes a Europa, no es casual. Aparte de compartir una época y una coyuntura política, aparte de enfrentarse a la opción de ciertas prácticas laborales y políticas similares, y aparte de haber funcionado a la manera de operadores culturales de su tiempo, ambos tuvieron que dedicarse, en su juventud y por necesidades económicas vinculadas a su situación familiar, al comercio, habiendo dejado previamente los estudios regulares.⁹ Sólo que a partir de una trayectoria inicial común a muchos jóvenes de esas primeras décadas del XIX en el Río de la Plata, los dos llevan a cabo elaboraciones muy diferentes. Sarmiento construye, a partir de su trabajo como tendero en San Juan, uno de los episodios autobiográficos más eficaces de *Recuerdos de provincia* (1850): el muchacho que leía en sus ratos libres y desatendía el comercio, provocando desconfianza en las vecinas que, viéndolo absorto en la lectura, suponían que no debía leer nada bueno.¹⁰ En cambio, Echeverría resulta, por omisión, ampliamente dispendioso con sus trozos de vida: no los usa, más bien los desecha, a la hora de construir una imagen autobiográfica que termina siendo más cercana a la de los poetas románticos europeos (o mejor: a la de los héroes románticos de tipo byroniano) que a su propia vida. De hecho, así como Echeverría borra, literalmente, su experiencia como “comerciante” optando por crear ficciones autobiográficas, el relato biográfico posterior que hace Gutiérrez repondrá esa experiencia únicamente por su valor de bisagra entre la supuesta vida disipada de la primera juventud y la posibilidad que le ofrecen sus patronos los Lezica de viajar a Europa para estudiar.¹¹ Probablemente estos borramientos u omisiones se deban a que operan sobre aspectos no funcionales a la figura de genio creador que el propio Echeverría, en sus gestos románticos más elocuentes, gustaba evocar. Como si la inspiración de ese genio creador que en Sarmiento era moldeada por la voluntad propia de quien se quería un *self-made man*, en Echeverría oscilara entre la versión programática de los ensayos y la versión espontánea de su trayectoria vital e intelectual.

Sin embargo, hay otro aspecto que viene a matizar, o a complejizar, esta representación del genio creador: así como Echeverría aprendió en Europa cómo corporizar una *estética del despojo*, funcional tanto para la construcción del poeta romántico en su vertiente lírico-intimista como en su vertiente de compromiso social, también aprendió que no sólo se podía ser poeta romántico sino que se podía vivir de eso. El autor moderno, de hecho, es el resultado de ese nuevo grupo de individuos que ya en el siglo XVIII soñaron con ganarse la vida por medio de la venta de sus escritos a ese nuevo público lector que rápidamente se estaba ampliando. Esa aspiración profesional, contra lo que alguna vez se ha creído, está directamente ligada a las nociones románticas de inspiración y originalidad. En palabras de Martha Woodmansee, quien se ha dedicado particularmente a estudiar estas relaciones en el romanticismo alemán del siglo XVIII, la consecuencia de que la inspiración empiece a ser explicada en términos de un “genio original” (y ya no en términos providenciales) es que el trabajo surgido de esa inspiración se convierte peculiar y distintivamente en el producto y la propiedad del escritor. Y aunque la profesionalización se haya dado antes en algunos países europeos que en otros, la relación entre genio creador y propiedad de la obra está en los mismos escritores relacionados con el romanticismo que alimentaron el pensamiento estético y filosófico de Echeverría, como Herder o Fichte.¹²

Por todo esto, ya no como mera fatuidad sino en esa dirección en la que el poeta toma conciencia de que la suya puede ser una profesión o, mejor, un medio de vida, habría que leer la sustitución practicada por el joven viajero en el libro de Aduanas al llenar el espacio correspondiente a su ocupación: “comerciante”, anota al salir para Europa; “literato”, corrige al volver después de cinco años. Por debajo de una concepción profesional de la literatura y más allá del gesto inaugural, y si se quiere *snob*, del argentino que vuelve del extranjero, el desplazamiento tiene un fuerte supuesto económico que habría que reponer. De comerciante, o sea de vendedor, de ser quien ofrece objetos a cambio de dinero, a literato, es decir aquel que no sólo ocupa su tiempo con la literatura sino que puede concebir esa ocupación como trabajo. Esto, al menos, cuando regresa de Europa. Es el año 1830 y Echeverría, que ya se autodefine como literato, todavía no ha publicado un solo texto. Entonces todo parece posible: estar a la moda, ponerse en sincronía con Europa, ser poeta y ser romántico, crear una literatura nacional, lograr el reconocimiento de los pares, vivir de la literatura como si fuera un trabajo. Capital simbólico y capital económico

están, en este momento, juntos. Como si se cumpliera el vaticinio expresado en una carta a su hermano de 1826, a su llegada a París: “Ahora ya me veo libre, en el camino de la gloria y luchando contra mi destino: espero triunfar (...)” (París, 22/3/1826). Es entonces a partir de ese estado colmado que, a medida que se empieza en efecto a ser literato, se inicia esa carencia que, finalmente, diseñará la imagen más eficaz, más duradera, de Echeverría, aunque se vincule antes con la modesta estancia en Europa y las dificultades encontradas en la patria que con los deseos que el joven que se quiere poeta condensa en la palabra “literato” inscripta como ocupación, como profesión, como trabajo.

Ser escritor en París y en Buenos Aires

La llegada a Buenos Aires y los primeros tiempos de la inserción en la escena cultural rioplatense ponen de manifiesto tanto las posibilidades de aplicación del aprendizaje europeo como sus límites. Todas las expectativas vinculadas con la figura de poeta romántico, en un arco que va desde las ansias de gloria a las aspiraciones profesionales, se ponen en crisis.¹³ En primer lugar, debido a la particular coyuntura política, en la cual Echeverría se posiciona en abierto enfrentamiento al gobierno de Juan Manuel de Rosas, se produce un cambio en la función asignada a la poesía: de los tomos de poesía como los *Consuelos* (1834) y las *Rimas* (1837) pasa en apenas un año a una propuesta poética vinculada con la misión social y política del escritor como la *Insurrección del Sur* (1839). En segundo lugar, y en parte como consecuencia del cambio anterior, se pasa del gesto inaugural de reunir las poesías en un volumen que se publica y distribuye, a la escritura semiclandestina y a la publicación postergada y tardía: si tras anticipar algunos poemas sueltos en los periódicos salen los dos primeros libros de poesía de Echeverría, el poema político es publicado en *El comercio del Plata* recién en 1849. Finalmente, dada la incompatibilidad entre la disgregación provocada por el rosismo y la instauración de una cultura del libro, el capital económico se independiza del capital simbólico y ambos comienzan a ser perseguidos por caminos que pocas veces se tocan, lo cual atenta directamente contra la aspiración profesional del poeta. La venta de los libros que se publican ya no supone un mojón económico en la persecución gradual de la profesionalización, sino un ademán que se mezcla malamente con la necesidad económica

y en el cual la dedicación a la poesía no tiene un rumbo claro y es periódicamente interrumpida.

Tras casi diez años de intentar no sólo participar de la escena cultural rioplatense sino también de crearla, podría decirse que las tres nociones claves de la modernidad literaria asumida por el romanticismo, o sea el autor, la obra y la aspiración profesional, tuvieron una suerte parcial, desapareja y temporaria. Mientras se produce una inflexión sin retorno alrededor de la noción de obra debida a la reunión en volumen de la poesía dispersa, las pruebas a las que se somete la construcción del nombre de autor resultan tentativas y no siempre eficaces. De todos modos, es respecto de la aspiración profesional, con lo que supone de vinculación entre escritura literaria y dinero, que los resultados son más fallidos y frustrantes. En primer lugar, porque la escena ideal que ilustra el éxito del poeta con la exposición y venta de sus libros en las librerías, logrando armonizar la recompensa simbólica y la recompensa material, se presenta imposible: además de no responder a las expectativas, la venta de los volúmenes se ve afectada por las dificultades en la difusión y en la distribución que provoca la situación política y termina estando a cargo del propio autor. En segundo lugar, porque de la práctica, y más allá de los quiebres e interrupciones en la formación de un campo literario, surge uno de los interrogantes que condensa buena parte del dramatismo con el que se vive la aspiración profesional (y después la profesionalización propiamente dicha) en el siglo XIX: qué relación y qué diferencia hay entre vender los escritos y venderse como escritor.

En su análisis acerca de la emergencia de la noción de propiedad literaria durante los siglos XVIII y XIX, Mark Rose explica que “la producción de esta representación (de la autoría) implica, entre otras cosas, la abstracción del concepto de propiedad literaria a partir del libro físico, y después la presentación de esta nueva, inmaterial propiedad como no menos fija y cierta que alguna otra clase de propiedad”.¹⁴ Aun aceptando esta distinción, cabe preguntarse qué sucede con el aspecto estrictamente material de la propiedad literaria, dado que, excediendo con largueza la función de autor, el propio escritor termina vendiendo sus libros o promoviendo su venta. En ese punto, la relación entre literatura y dinero parece alejarse de la positiva noción de producción para acercarse a la discutida noción de comercio. Y en ese pasaje, al menos según una perspectiva como la de Echeverría, parecería perder lo que el hecho de poner una obra a la venta tiene de

legitimidad. Convertida en pura transacción, y ya no en resultado de un proceso de producción, en verificación de un suceso, la venta del libro viene a mostrar la faceta más materialista de la aspiración profesional. Una faceta que la pone en directa relación con aquellas vertientes profesionales (o laborales) de la literatura que, consideradas ilegítimas y rechazadas por completo, los románticos europeos habían podido estimar en plena etapa de superación. Si la rápida conciliación entre el discurso liberal de la propiedad y el discurso del genio creador surgidos en el siglo XVIII no terminó de cuajar en el Río de la Plata debido a la imposibilidad de constituir un público ampliado (y un mercado), la posibilidad de hacer efectiva la condición de literato como “ocupación” sí tomó canales alternativos a los de aquella aspiración profesional juzgada genuina.

Echeverría no discurre sobre estas cuestiones ni en sus escritos de reflexión estética ni en sus prólogos ni en sus ficciones autobiográficas, como sí lo hicieron Domingo F. Sarmiento o Vicente Fidel López, para citar a algunos de sus contemporáneos. Sin embargo, sus opiniones y sus valoraciones se desprenden tanto de algunas decisiones mencionadas en muchas de sus cartas como de ciertos comentarios dispersos en sus escritos literarios y ensayísticos. Por lo pronto, la crítica a la disponibilidad laboral del escritor alcanza dos vertientes tan diversas como el puesto oficial y la traducción. De hecho, en su *Mefistófeles*, el “drama joco-serio, satírico-político” que dejó inconcluso, hay una fuerte depreciación de la tarea del traductor, la cual -es preciso recordarlo- por entonces se presenta menos como una salida laboral que como una empresa imprescindible de difusión cultural para un proyecto nacional incipiente y periférico como el del Río de la Plata: “Con que usted, señor poeta, ha caído en la tentación de traducir a Faust? -dice el “monstruo maldito” cuando el poeta encara la traducción del *Faust* de Goethe-. No sabe que eso de traducir es obra de ganapanes. Déjese de bicocas de poetas mendicantes y de manosear a Faust y Mefistófeles (...)” (381). Más previsible, en cambio, es la opinión que le merece esa suerte de cargo oficial de literato por medio del cual el hombre de letras se pone al servicio del gobierno. Además de ciertas decisiones personales que se manifiestan en la etapa del exilio, esa opinión se declara abiertamente a fines de los años 40 en la polémica entablada con Pedro de Ángelis, por entonces al servicio de Juan Manuel de Rosas, quien lo había puesto al frente de dos periódicos oficiales: “yo no tengo más que mi pluma, y estoy siempre dispuesto a venderla a la más alta postura”, le hace decir con cinismo a su

opponente, y se diferencia de él incluyéndose entre “los que no vendemos nuestra pluma ni a las facciones ni a los tiranos”. Para Echeverría, la trayectoria de un De Ángelis es “esa carrera de infamias que ha recorrido con tan buen éxito para su bolsa y para su fama”.¹⁵ Así como la traducción es “obra de ganapanes” y su época le exige al escritor “explorar el campo fecundo de las realidades” con su poesía, la misión social que debe asumir el poeta, cuando se vincula con el Estado, nunca puede cumplirse sometiendo la escritura a las órdenes de un gobernante sino mediante una diputación o senaduría, es decir mediante un cargo representativo que relega el perfil de literato en pos del de ideólogo y resguarda del pago oficial lo específicamente poético del hombre de letras. Por último, podemos imaginar también la opinión que el diarismo le merece a Echeverría, desde el momento en que, según hace constar en una nota al *Dogma socialista*, “un periódico se hojea un momento por curiosidad o pasatiempo, y luego se arroja: la prensa periódica poca utilidad ha producido en nuestro país” (DS, 417). Entre vender la obra y venderse como escritor parece haber, para Echeverría, una diferencia ética y moral. Pero esa diferencia, en los tiempos que le tocaron vivir, hace del hecho de separarse de la traducción, del puesto oficial y del diarismo una sustracción al mundo del trabajo de las letras, que queda reducido a vender ya no la obra sino los libros.¹⁶ Es que, sin la mediación de la librería o de la casa editora, el escritor se convierte de nuevo, a su pesar, en comerciante.

Ese momento que vincula la producción de literatura con la economía por medio de la transacción y el dinero, ese momento inmediatamente anterior a los dilemas del mundo del trabajo literario en tiempos del mercado de bienes culturales, es el que vive dramáticamente Echeverría. Frente a las dificultades que ponen en crisis el modelo de poeta como hombre productor y que practican un hiato entre escritura literaria y medios de vida, surgen otras salidas posibles para ese mismo hombre productor. Contemporáneamente a esa puesta en crisis, en los mismos años de la inflexión que va del tenerlo todo al perderlo todo, Echeverría pone en práctica dos salidas complementarias: el programa de economía política y la actividad en la industria rural. Así, dos elecciones aparentemente inconexas como la participación en el Salón Literario y las temporadas en la estancia Los Talas pueden considerarse de nuevo, anudadas ahora por el pensamiento de la economía política.

El economista político del Salón Literario

En su “Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas en el Salón Literario en setiembre de 1837” -conocido como “Primera Lectura”-, Echeverría se pregunta qué estaban esperando los presentes que él dijera. Parece poco probable, al menos a la luz de los discursos inaugurales que unas semanas antes habían pronunciado quienes serían sus compañeros de “generación”, que los asistentes a las reuniones esperaran que la “Segunda Lectura”, pero primera en disquisición de un problema en particular, se dedicara a la industria. ¿No hubiera sido más lógico comenzar por cualquiera de los otros tópicos que Echeverría anunció en su primer discurso y entre los cuales no había incluido la economía? Esto es: literatura, filosofía, legislación y política. En cambio, comienza hablando de la economía y, más restringidamente, de la industria. “¿Cuál sería el asunto digno de vuestra expectación!” -se pregunta en su primer discurso- “¿A qué objeto deberán encaminarse nuestras investigaciones? ¿En qué límites circunscribirse? En una palabra, ¿qué cuestiones deben ventilarse en este lugar?” (98).¹⁷ Entre el deseo y el deber, entre la vocación y la misión, podría decirse, ancla esa diferencia que lo hace a Echeverría elegir la industria como tema de disertación.

Ni resultado de un impulso ni de la improvisación, la elección del tema de la “Segunda Lectura” aparece acompañado por un gesto decididamente pragmático (la aplicación práctica de los conocimientos de economía política previamente adquiridos y de la reflexión personal por ellos suscitada) y programático (un set de propuestas concretas para la economía local). Si la etapa “heroica” se caracterizó por la búsqueda de la independencia, la etapa “organizadora” -como la denomina el mismo Echeverría distinguiéndola de la anterior- necesita de la misión personal y generacional para contribuir, por medio del estudio y la reflexión, a la búsqueda de la libertad. Es que el pueblo argentino sigue careciendo de los derechos, las leyes y las costumbres que sirvan de salvaguarda de una libertad aún pendiente (99). Hay que recordar que es mediados del año 1837: los unitarios han fracasado en el gobierno y han sido desterrados, pero la oposición al rosismo todavía no ha provocado la persecución y el exilio de los jóvenes de la nueva generación, quienes buscan construir un espacio de acción superador de la división entre unitarios y federales, todavía en relación, y no en total antagonismo, con el estado de

Buenos Aires. En ese marco de intervención concreta en la búsqueda de la libertad por la vía de la organización del Estado, entonces, hay que situar la lectura sobre economía que hace Echeverría en el Salón literario, la primera que se aparta de contenidos más específicamente ligados a lo político ideológico, como los elegidos por los demás expositores del Salón y por el propio Echeverría en su discurso anterior.

Contra lo que podría suponerse, la preocupación de Echeverría por la economía política es muy anterior. Por un lado, sus conocimientos se remontan a los estudios que llevó a cabo, como otros miembros de su generación pero de manera irregular, en la Universidad de Buenos Aires a principios de la década del 20; por otro, su interés se verifica en el hecho de que los únicos cursos formales que comenzó a tomar en la Universidad de París durante su residencia europea, cuando se dedicó a completar su interrumpida formación, fueron de derecho y economía. La rápida difusión de la que gozó la economía política se encontró con el afán ilustrado de Bernardino Rivadavia, y en la nueva Universidad de Buenos Aires, fundada en 1821, se empezó a enseñar hacia 1823 tanto el utilitarismo de Bentham, introducido exitosamente en el Río de la Plata en el siglo anterior, como el liberalismo de Adam Smith y David Ricardo, de quienes ya estaban traducidas sus principales obras. Podría decirse que, a grandes rasgos, la crítica económica de Echeverría se centra en lo aprendido en esos años y, sobre todo, en el tipo de aplicación de los principios utilitaristas, y liberales en general, que hicieron los unitarios. Si Bentham es explícitamente criticado, por ejemplo, en una nota al pie al *Avellaneda*, donde además hace una crítica amplia a lo que se enseñaba en la universidad rivadaviana,¹⁸ Adam Smith lo será también en una de las cartas que integran la polémica con De Ángelis, de la misma época. En cuanto al aprendizaje europeo, él mismo ha dejado por escrito una módica enumeración de sus actividades, que Gutiérrez se encargó posteriormente de dar a conocer:

Filosofía, historia, geografía, ciencias matemáticas, físicas y química me ocuparon *sucesivamente* hasta el año 1829 en que me fui a dar un paseo a Londres, regresando mes y medio después a París a *continuar* mis estudios de Economía política y Derecho, a que pensaba dedicarme *exclusivamente*.¹⁹

Es cierto, como señala Beatriz Sarlo, que se trata de una “síntesis convencional”, pero en esa síntesis hay una doble elección: lo que efectivamente se decidió a hacer en el viaje y lo que, en medio de tanto silencio, sí se decide a contar del mismo. Por eso, antes que lo

convencional de la enumeración, es posible resaltar la organización de la misma y sus jerarquías internas. Por lo pronto, parecería que mientras hay disciplinas que pueden aprenderse directamente de los libros y disciplinas que pueden aprenderse en un período acotado, como la literatura o las matemáticas, el derecho y la economía exigen sistematicidad y constancia al mismo tiempo. A fines de los años 20, cuando Echeverría tomó sus únicos cursos formales en la Universidad de París, se supone que los contenidos de economía política constaban de una suerte de historia de la economía e incluían el mercantilismo y la fisiocracia hasta llegar a la economía clásica de Smith y Ricardo y de su divulgador en Francia J. B. Say. Pero también, por esa u otras vías, Echeverría pudo conocer y leer a los críticos del liberalismo, fundamentalmente, por entonces, los saintsimonianos.

Para el momento en que da la “Segunda Lectura”, lo cierto es que Echeverría ha pasado por el utilitarismo de Bentham, por el liberalismo de Adam Smith y David Ricardo, y por el industrialismo del socialista utópico Saint-Simon. En buena medida, y aun a pesar de sus marcadas diferencias, esta lectura está en tándem con las disquisiciones sobre economía que, más previsiblemente que el poeta, hace Juan Bautista Alberdi en uno de los apartados de su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Dado a la luz apenas unas semanas antes, en él Alberdi se despachaba largamente contra el utilitarismo de Bentham y la doctrina de Smith, así como contra sus seguidores en el Río de la Plata, provocando una polémica con los unitarios instalados en Montevideo. Aunque en ningún momento haga una defensa del industrialismo, Alberdi menciona su adhesión a las doctrinas de Pierre Léroux, discípulo de Saint-Simon, y propone redefinir la noción de producción en términos que no sean exclusivamente materiales.²⁰ El clima de época y la pertenencia generacional presentan ciertas constantes, en este caso activadas por el pensamiento económico, que se nuclean alrededor de tres cuestiones conectadas entre sí: la importación de teorías extranjeras, la constitución de lo nacional y la toma de distancia crítica respecto de los unitarios. De hecho, estos ejes organizan el fundamento teórico con el que Echeverría se opone al rumbo económico anterior. Si en la “Primera Lectura” hacía una crítica general a la importación y adopción de teorías europeas en el período posindependentista, ya que cada uno daba “por opiniones tuyas las de su autor o libro favorito” (106), en la “Segunda Lectura” esa crítica se aplica estrictamente al tema de disertación, denunciando el “echar

mano de la economía europea para deducir la economía argentina sin tener en consideración nuestras localidades, nuestra industria, nuestros medios de producción, ninguno de los elementos, en fin, que constituyen riqueza y nuestra vida social” (115).

En ese marco, las reflexiones y propuestas de Echeverría giran en torno del industrialismo, es decir del pensamiento económico saintsimoniano que, sobre la base del socialismo utópico, se erige en crítica del liberalismo clásico. La industria merece por parte de Echeverría varias definiciones: es “fuente de riqueza y poder de las naciones”, es “el trabajo o la actividad humana aplicándose a modificar y transformar la materia” y, por último, es “hija de la necesidad” (112). Echeverría volverá sobre los temas que se desprenden de estas definiciones en varias oportunidades. En el *Dogma socialista* y en el *Manual de Enseñanza Moral* se explayará sobre la cuestión del trabajo desde una perspectiva político social y desde una perspectiva pedagógico moral, respectivamente (DS, 392-6; 245-248). Y en la segunda carta a De Ángelis que integra la polémica, hará una fuertísima crítica al comercio, al que acusa de fomentar “el fraude y la estafa” y al que caracteriza como “la menos productiva, la más desmoralizadora de todas las industrias” (DS, 239). En efecto, en contraposición al comercio, el industrialismo se vincula directamente con la producción.

Mi objeto, como veis, es anunciar que para que nuestra industria progrese de un modo normal y seguro es preciso que echando mano de las materias primeras que ofrece nuestra tierra, las transforme y beneficie cuando sea dable, les imprima un valor y estimación, y así las expendas al extranjero (...) (113)

El hombre productor, en resumen, es el hombre que apuesta a la industria por la vía del trabajo y de la inversión. El industrialismo requiere así, por un lado, de la fuerza de trabajo (los brazos) y, por otro, de la propiedad territorial (la tierra), ya que su propuesta se limita, al menos para empezar, a la industria agrícola y al pastoreo. Es en este sentido que Echeverría hace una crítica, aunque veremos que no total, del liberalismo: en tanto se impulsa un modelo agroexportador que, siendo exclusivamente comercial, restringe la potencialidad productora individual y nacional:

esforcémonos para que los productos de los animales que se crían en nuestros campos, aun brutos y sin beneficio alguno, los elabore y transforme la industria indígena para darles el valor que el

extranjero le da en su país y del cual los recibimos manufacturados por doble o mayor precio de aquel a que los hemos vendido (113)

Dos consecuencias de orden económico y político se desprenden de esta posición. La primera es la crítica al modelo agroexportador que, anunciado en tiempos de Rivadavia, daría unos resultados extremos en el último cuarto del siglo XIX, cuando bien podría haberse dicho, citando a Echeverría, que sólo conduce al país a “mendigar del extranjero”. Es que, al abreviar su autor en las fuentes románticas, el programa industrialista apunta, antes que a lograr la igualdad por la vía de la razón, la ciencia y el progreso, a conquistar la autosuficiencia económica y, por extensión, a reforzar la causa nacional. Esta misma reacción al *laissez-faire*, compartida por el romanticismo y el saintsimonismo, acompaña una segunda consecuencia de la petición industrialista: la participación activa del Estado.

Yo sé bien que el interés individual es casi siempre el mejor consejero de la industria; pero también conozco que un pueblo como el nuestro, donde se vive con poco porque se desea poco, el interés individual suele dormirse y necesita el estímulo de la autoridad. (113)²¹

Proclamada en 1837, y enunciada en nombre de la autoridad, la participación del Estado no deja de aludir, pese a las críticas políticas de Echeverría, al gobernador Juan Manuel de Rosas. Las propuestas económicas del programa de Echeverría, en ese sentido, configuran una zona donde se vislumbran los acuerdos potenciales con el rosismo y donde, también, se juega la dimensión nacional de la libertad, es decir la defensa de una economía de producción que, hacia adentro, recibe la orientación y el estímulo del Estado, y hacia afuera, requiere de sus restricciones. En resumen: “fomentar, proteger y estimular la industria” (113).

Casi al filo de la contradicción entre libertad individual y libertad nacional, entre libertad política y libertad económica, cabe preguntarse dónde radica entonces, más exactamente, el filón socialista del industrialismo. Puesto en otros términos: dónde radica el perfil económico de la postulación de igualdad. Entendida siempre como igualdad de oportunidades, ésta se vincularía directamente con el industrialismo en función de la capacidad individual de trabajo, acerca de la cual Echeverría se explaya, como anticipamos, en el *Dogma socialista* y en el *Manual de Enseñanza*. Sin embargo, en la “Segunda Lectura” apuesta a una solución de otro orden: la política impositiva. En oposición a los

impuestos indirectos que evidentemente ya por entonces, y aun antes del auge del hombre consumidor propio de la segunda mitad del siglo XIX, ponían de manifiesto su efecto recesivo, propone un impuesto directo que se liga sesgadamente con el industrialismo agrícola ganadero: el impuesto a la propiedad territorial. En este punto, antes que en otro, Echeverría viene a subsanar la desigualdad y a reparar la situación de las clases más desamparadas. Lo que más sorprende es que para ello utilice un tono infrecuente en él - profundizado además por la oralidad de la lectura- que parece anticipar por los contenidos y la retórica simple pero denunciante el de los reclamos que haría en los sesenta José Hernández desde las páginas periódicas del *Río de la Plata*. Dice Echeverría:

Los habitantes de nuestra campaña han sido robados, saqueados, se los ha hecho matar por millares en la guerra civil. Su sangre corrió en la de la Independencia, la han defendido y la defenderán, y todavía se los recarga con impuestos, se les pone trabas a su industria, no se los deja disfrutar tranquilamente su trabajo, única propiedad con que cuentan, mientras los ricos huelgan. (115)

Quizás esta incrustación del discurso más vulgarizado del siglo XIX sobre la defensa de las clases populares en medio de la lectura de economía política hecha en el Salón literario, sea el único momento en el que Echeverría consigue acercarse a la perspectiva de lo que él mismo llama “el pueblo”. Mencionado casi siempre en los ensayos como una entidad que se mueve entre abstracciones y supuestos, o encarnado degradada y demoníacamente en una ficción como *El matadero*, el pueblo es acá, claramente, el habitante rural, o sea el gaucho; dicho de otro modo: es quien trabaja (produce) la tierra de unos pocos, los ricos, que sólo la poseen (y no producen).

Así como por la vía de una política impositiva que ataca las cargas al consumo Echeverría se acerca débil y sesgadamente a un planteo que tiende al socialismo de la época, en su contrapropuesta del impuesto a la propiedad de la tierra hay un regusto liberal: la modificación es la misma que introduce David Ricardo cuando, desde su interior, hace algunos ajustes en el liberalismo clásico. Esta propuesta se hará más explícita en un texto conocido póstumamente con el título “Contribución territorial”, donde se plantea la necesidad de “establecer un impuesto fundado sobre el valor intrínseco de las propiedades territoriales” a través de datos estadísticos. “El impuesto territorial -explica Echeverría- es entre todos el más seguro, el más fácil de establecer, el que menos dificultad presenta para su recaudación y el que proporciona al Estado una renta fija.” (118) En este escrito,

Echeverría sostiene que el impuesto a la tierra no debe establecerse sobre la productividad medida en términos de fertilidad, como en Europa, ya que en el Río de la Plata todas las tierras son fértiles. En cambio, la productividad debe medirse en términos de ubicación geográfica, es decir según su capacidad de explotación: menos valor tendrán, previsiblemente, las tierras que están más allá del Salado hasta llegar a la frontera donde empieza el desierto. Como si apelara -en un *mix* de dudosa rigurosidad y de manera más indiscriminada de lo que sus declaraciones políticas habían prometido- a las diferentes teorías que había estado aprendiendo en los últimos quince años, Echeverría parece saldar deslucidamente no sólo las diferencias de clase sino también las diferencias entre la teoría de Europa y la situación del Río de la Plata, entre el campo europeo y la pampa argentina.

Sin embargo, al asumir Echeverría un punto de vista regional -y no nacional- que tiene como amenaza y como límite el problema del indio, la lectura sobre economía política llevada a cabo en el Salón literario se aproxima inesperadamente al poema *La cautiva*, cuyos cantos iniciales dedicados a la descripción del paisaje de fronteras y del desierto - recordémoslo- habían sido leídos en voz alta por Juan María Gutiérrez en las primeras reuniones del Salón. La “Advertencia” a las *Rimas*, volumen en donde está incluido el poema, funciona de hecho no sólo como una exposición de la poética de Echeverría sino también a modo de guía de lectura. “El desierto es nuestro más pingüe patrimonio -declara allí el autor-, y debemos poner conato en sacar de su seno no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.” (451) Pese a lo que podría suponerse, estamos ante una valoración paradójica. Así como es cierto -según las propuestas de Echeverría en este texto sobre poesía nacional y en los textos sobre economía- que se hace preciso ganar las tierras del desierto para que aumenten su valor económico haciéndose productivas, así también lo es que ese desierto perderá su valor estético una vez que sea un patrimonio territorial desdiferenciado respecto del resto. Esto es: así como para el hombre productor es imperioso conquistar el territorio del otro lado del Salado asegurando la riqueza del futuro, así también le es imperioso aprovechar estéticamente *en lo inmediato* esas tierras asegurando la literatura del futuro. En ese sentido, el desierto es un patrimonio de valor paradójico que propicia una relación inversamente proporcional entre riqueza y poesía. Sólo mientras sean

desierto, podría decirse, esas tierras tienen valor poético; o en otras palabras: sólo mientras sean económicamente improductivas.²²

Con géneros y perspectivas diversas, pero muy en sintonía con la idea que se desprende de la “Advertencia” a las *Rimas*, la lectura sobre economía y el poema se aproximan también, materialmente, en otro lado: en la estancia Los Talas, donde Echeverría escribió *La cautiva* y donde hizo su propia experiencia de pequeño empresario de la industria rural. En este marco, podríamos hacer un ejercicio de imaginación: ¿qué puede proyectar la mirada del escritor sobre el desierto cuando ya no se ejerce desde la romántica estancia rural sino desde el emprendimiento industrial agrícola ganadero?, ¿qué puede proyectar sobre el desierto, además de una historia de indios y cautivos?

El pequeño industrial de Los Talas

La primera noticia de un retiro de Echeverría al campo, que se encuentra en la biografía de Gutiérrez, data de 1834, inmediatamente después de la publicación de *Los Consuelos*. En un gesto que varios escritores argentinos repetirían en el siglo XIX, en lugar de fomentar el impacto de la publicación el poeta decidió aislarse, y para ello se fue a un “establecimiento industrial” fundado por el hermano en las afueras de Buenos Aires. Según Gutiérrez, también, Echeverría continuó allí su obra “en el retiro y en el silencio”, redactando en esas condiciones el poema *La cautiva*, que le dictó a uno de sus amigos (30). El “establecimiento industrial” es la estancia Los Talas, perteneciente a los hermanos Echeverría desde más de una década atrás, cuando José Antonio, en presunta sociedad con Esteban, adquiere en enfiteusis un lote de tierras públicas, que más adelante compra. Aunque no se conocen con detalle los términos de esa sociedad, ambos hermanos encararon juntos varios emprendimientos industriales en la década de 1830 y ya en una de las cartas desde Europa consta una serie de consejos acerca de cómo hacer rendir la propiedad. Ubicado al noroeste de la provincia, entre Luján y Giles, Los Talas era -según la descripción de Gutiérrez, cuyo propio hermano era vecino de los Echeverría- “modelo de un establecimiento fundado con corto capital y suma inteligencia y economía” (37).

Aunque, en la biografía del poeta, Los Talas ha quedado como el espacio de aislamiento necesario para la inspiración poética o para la protección política, por ese

entonces Los Talas es, ante todo, el medio de vida de Echeverría, el sostén económico. Por eso, si bien su ocupación declarada es la de “literato”, sus quehaceres incluyen la actividad industrial. Él mismo lo anuncia en una carta de mediados de 1838 respondiendo al pedido de que redacte un programa para la Asociación de Mayo, derivación politizada del clausurado Salón literario: “En víspera de salir al campo a negocios urgentes escribo a usted estas líneas para comunicarle en embrión el proyecto de una serie de trabajos que en concepto mío debe emprender la Asociación (...)”. El campo no se presenta acá como un refugio idílico sino como un lugar donde se hacen negocios.

En ese sentido, esta carta de Echeverría, en apariencia menor, marginal dentro de su producción literaria y epistolar, es sumamente reveladora de los intereses y preocupaciones que lo movían en ese particular año de 1838, justo después de la publicación de *La Cautiva* y de la asistencia al Salón, es decir cuando se crea la Asociación de la Joven Generación de Mayo, se redactan las Palabras Simbólicas del *Credo* y comienza una nueva racha de exilios que afecta ahora a los propios jóvenes del 37. Esto es: el año en el que Echeverría goza de éxito como poeta (con el poema sobre la frontera y el desierto), de prestigio como pensador (con su lectura sobre economía política) y de proyección como empresario de la industria rural (con su estancia Los Talas). Es que en la carta, además de anunciar el viaje de negocios al campo, Echeverría dedica un extenso párrafo a la economía como parte de su proyecto para la Asociación y se detiene en la cuestión de la propiedad intelectual y los derechos de autor:

Podrán ventilarse también algunas cuestiones económicas. ¿Es útil un banco entre nosotros? ¿Qué es el papel moneda? ¿Cuáles sus efectos y su influjo como medio circulante y resorte para dar fomento a la industria? ¿Qué es el crédito público? ¿De qué fuente deben salir las rentas del Estado? ¿Cuál es el sistema de contribuciones más ejecutable y cuál sería el que debiéramos adoptar? ¿Qué clase de industria es la más conforme a nuestra condición? ¿Cómo podría fomentarse la industria agrícola?

(...)

Ningún socio publicará ningún trabajo perteneciente a la Asociación mientras no lo determine la mayoría. Cuando llegue el tiempo oportuno se publicará un periódico y servirán para formarlo los materiales que se vayan archivando. Los socios harán uso entonces de su derecho de autores y entrarán en el goce exclusivo de propiedad de sus obras. (DS, 282-4)²³

Aunque en apariencia por azar, la carta reúne, en pocas líneas, aquellas cuestiones cuya manifestación parecía hasta el momento contingente. En primer lugar, los negocios en el campo interrumpen la labor de Echeverría como ideólogo y se imponen como prioridad. En

segundo lugar, los contenidos de economía política de la lectura en el Salón, que retomaba un importante aspecto de su formación, reaparecen de la mano del industrialismo y los impuestos, a lo que se agrega la cuestión bancaria. Finalmente, se hace explícito un interés que hasta el momento se desprendía de una actitud ante la literatura y que exhibe el aspecto económico de una aspiración profesional que está en completa crisis. Nadie hubiera dicho que aquel que poco después lo deja todo estaba, todavía en el 38, pensando en cómo se podía crecer, a nivel nacional e individual, económicamente. El desierto poetizado en *La cautiva*, cuya tirada de mil ejemplares mostraba las expectativas puestas en la venta del libro de poemas, estaba a la espera de ser industrializado tanto por el ideólogo como por el industrial.

No puede pasarse por alto, en este sentido, el hecho de que los intereses económicos de Echeverría como pensador coincidan con los que debía tener como propietario de una estancia rural dedicada a la industria agrícola y pastoril: fomento a la industrialización del campo, créditos bancarios, protección del Estado, impuestos basados en la productividad. ¿Qué otros problemas de alcance local y nacional, si no, podían afectar a un pequeño empresario industrial de la pampa bonaerense? Como si la propia experiencia en el campo le hubiera aportado esos elementos prácticos que reclamaba en la “Segunda Lectura” al criticar la aplicación mecánica de teorías económicas europeas. Una consecuencia de esto es que, quiéralo o no, Echeverría toma una distancia respecto del liberalismo, al menos entendido en sus implicancias más generales, para acercarse a una vertiente de la política económica del rosismo que privilegia la actividad rural y basa en esa actividad un modo de vida. La experiencia en la incipiente industria rural, podría decirse, es la que reactiva los conocimientos adquiridos en los libros y los procesa para la práctica concreta. Esa experiencia, en definitiva, es la que anima una suerte de contradicción entre la zona de la política y la de la economía.

Desde esta perspectiva, la figura vestida a la moda europea “por la exquisita habilidad de los artesanos franceses” a comienzos de los años 30 o la figura del “mártir de los padecimientos físicos” un poco después, no obsta para que Gutiérrez inserte sin reticencias la figura de Echeverría en un tipo mucho más peculiar y bastante más olvidado que el viajero o el mártir:

Siempre fue para nosotros un ideal bellísimo de ciudadano de un pueblo libre y pastor aquel que reuniera a la virilidad adecuada a las industrias rurales la cultura de la mente y la educación del corazón; el alma de un *peregrino* de la Nueva Inglaterra y las aptitudes del gaucho. Hombres vaciados en ese molde habrían regenerado la patria por su raíz en pocos años y hermanado en nuestras campañas la mejora y el adelanto de sus rudas industrias con los goces de la civilización, protegidos por el orden, la libertad y la justicia. (36)

La ecuación “peregrino más gaucho”, o “alma peregrina y fuerza gaucha”, corresponde en la descripción de Gutiérrez al ideal del habitante de la campaña. No se trata acá exactamente del “pasaje por la escuela del *aprendizaje gaucho*” que -como advirtiera Cristina Iglesia- hacen en su primera juventud muchos de los letrados liberales del siglo XIX.²⁴ A diferencia de un Bartolomé Mitre, por ejemplo, Echeverría no sería aquel que abandonó el traje de la civilización para hacerse gaucho y adquirir sus destrezas, sino quien puede reencontrar en sí mismo las “aptitudes” del gaucho y pasarlas por el tamiz de la civilización. El resultado de esa combinatoria es una suerte de gaucho industrialista que, pese a la aparente contradicción, sorprende en una figura o bien a la moda europea o bien enfermiza como es la de Echeverría por aquellos años.

El entusiasmo de Gutiérrez frente a la potencialidad productiva de esta imagen tiene dos patas. Por un lado, aquella que podría convertir al poeta en -presumimos- un juez de paz de la zona de Giles, es decir aquella que sirve a la concreción de esa misión civilizadora que se arroga la generación del 37; por otro lado, aquella que hace, del industrialismo, acumulación, y que sirve para la ganancia económica personal:

¡Qué no sería hoy, a pesar de su progreso relativo, el pago de Giles, por ejemplo, si hombres en la flor de la edad y moralmente irreprochables como Esteban Echeverría y Juan Antonio Gutiérrez, su amigo y vecino, hubieran podido acumular con su trabajo de pastores los bienes de fortuna que tan pingüe industria les prometía, y adquirir influencia sobre los *paisanos* por medio de una larga y ejemplar residencia entre ellos! (36)

Gutiérrez es fiel, en este punto, al pensamiento político económico que Echeverría vuelca en la versión del *Dogma socialista*: si bien afirma que “todo privilegio es un atentado a la igualdad” (DS, 362) y que “industria que no tienda a emancipar las masas y elevarlas a la igualdad, sino a concentrar la riqueza en pocas manos, la abominamos.” (DS, 408), sostiene también -como consta en una de las citas que sirven de epígrafe- que, puesta en manos virtuosas, la fortuna es un mérito. Esto mismo se desprende del deseo de Gutiérrez: gracias a la acumulación de fortuna es posible adquirir influencia sobre el pueblo; más aún: un

intelectual con aptitudes gauchas y fortuna de naturaleza industrial puede adquirir, sobre el pueblo, poder.²⁵ Las implicancias del programa de economía política de Echeverría van mucho más allá de la independencia y el crecimiento nacionales. En la medida en que ese programa está en consonancia con una práctica industrial concreta en la estancia, Los Talas se convierte en punta de lanza de la acumulación económica y, virtualmente, también de la acumulación de poder. Los Talas parece ser, según lo que se desprende de los escritos, acciones y comentarios de Echeverría y de los recuerdos de Gutiérrez, un modelo en pequeña escala de una nación industrial en el que el aprendizaje práctico y la aplicación de conocimientos se alimentan recíprocamente.

Sin embargo, y a contrapelo de unas expectativas de suerte efímera, Los Talas deja de ser tanto el espacio de la inspiración poética como el de los intereses económicos, para convertirse en un espacio politizado. Este proceso se inicia con el retiro de Echeverría a la estancia cuando su situación con el rosismo se complica pero él decide no exiliarse. A partir de entonces, se produce una doble politización. La primera puede datarse en 1839 cuando, tras el alzamiento antirrosista de los hacendados del sur de la provincia, escribe el poema *Insurrección del Sud*. La segunda es de 1840, cuando en ocasión de la invasión de Lavalle a la provincia firma, junto a Juan A. Gutiérrez, el hermano de Juan María Gutiérrez, un acta-protesta que es quizás el primer documento público explícitamente en contra de Juan Manuel de Rosas. Este hecho torna imposible la permanencia de Echeverría en Los Talas, de modo que debe emigrar a la Banda Oriental, permaneciendo en Colonia del Sacramento aproximadamente hasta 1841, cuando se traslada a Montevideo hasta su muerte. Por todo esto, el acta-protesta tiene, además de un valor ético, el valor de servir como documento del modo en que la política puede interferir, casi irreversiblemente, en la poesía y en los negocios.

En los años del rosismo, para sus opositores, política e intereses no marchan juntos. Se pierde entonces la apuesta a una profesionalización, sobre todo tras la escritura de un poema como *Insurrección del Sud* (y más tarde el *Avellaneda*), y también la apuesta a los negocios industriales, que se perfilaba como la alternativa económica más legítima y que era además una fuente de experiencia para la escritura programática. Una vez más, las palabras de Gutiérrez en su biografía condensan adecuadamente la imagen que se

desprende de las diferentes acciones de Echeverría: “Todo lo abandonó: bienes de fortuna, esperanzas de bienestar para lo futuro, y hasta sus manuscritos” (88).

Vender los libros o escribir para ganar dinero

Es difícil decidir qué puede ser más frustrante para un poeta romántico que alguna vez soñó con vivir de sus escritos y nunca pudo hacerlo: ¿vender la biblioteca o que se rifen sus libros? Ambos hechos exhiben dramáticamente la suerte de un escritor en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX: mientras la rifa de los libros propios demuestra la inexistencia de un público en el sentido moderno del término y la imposibilidad de conformar un mercado de bienes culturales, la venta de la biblioteca pone de manifiesto la necesidad de desprenderse de los libros acumulados a lo largo de la vida por no tener, precisamente, otro medio de vida.

En diciembre de 1837, a propósito de un encargo para vender ejemplares de los libros de Echeverría, Florencio Varela hace un ingenioso análisis de la situación cultural en una carta a Juan María Gutiérrez desde Montevideo:

Nuestros padres decían que era mal negocio *llevar rosarios a Berbería* y tengo noticia de una especulación de estufas que se llevó a Pernambuco donde es fácil comprender que no se vendieron muchas. Así sucederá, poco más o menos con el encargo que usted me hace de los libros de nuestro poeta. Hallar aquí quien los compre todos es imposible, de todo punto imposible. Rifarlos no es seguro; pero si usted cree que deberemos esperar el tiempo necesario para juntar los billetes o cédulas, avíseme y pondré la empresa por obra (25-6/12/1837?).²⁶

La solución propuesta por Varela, que se retoma en algunas otras cartas, es una compensación desalentadora y defectuosa, sobre todo si se tiene en cuenta que es el año de mayor éxito y proyección de Echeverría como poeta y pensador. Al mismo tiempo, es una solución que pone de manifiesto que el deseo de constituir un público en vistas de una profesionalización embrionaria es insuficiente. La rifa es una venta devaluada, una transacción que propone una relación demasiado indirecta entre la acción de compraventa y el objeto de la compraventa. Como si cada libro dejara de valer en tanto texto, como si cada volumen de *Los consuelos*, las *Rimas* o lo que fuere se convirtiera en un *stock* anónimo: los libros. Unos años después, un suelto periodístico da una información de tenor similar:

Entre los anuncios del Nacional se registra el de la venta de una parte de la biblioteca del distinguido poeta D. Estevan Echeverría a quien circunstancias poco felices han puesto en la necesidad de enajenarla (...) (*El Nacional* de Montevideo, 20/7/41)²⁷

El abandono de la biblioteca es el destino previsible de la mayoría de los exiliados; su venta, la posibilidad de convertir los libros leídos en dinero. Y aunque se supone que Echeverría habrá conservado hasta último momento los volúmenes más frecuentados, están dentro del paquete que se pone a la venta las obras completas de Rousseau y Volney, algunos libros de Mme. de Stäel y de Benjamin Constant. Entre tantos títulos, Echeverría se despoja, para obtener dinero, de una parte indispensable del repertorio de lecturas románticas.

En definitiva, ambos hechos, tan ligados a la inminencia del exilio, son un síntoma del quiebre producido en el modelo de “hombre productor” y de la imposibilidad futura de ganarse la vida por lo que -desde esa perspectiva- sería un medio genuino. La relación con la literatura entendida como ocupación se modificará drásticamente, y la relación práctica con el industrialismo quedará definitivamente en suspenso. Hay dos constataciones futuras de estos hechos, ambas de 1846, año fundamental en la trayectoria postexilio de Echeverría. La primera constatación es el anuncio en cartas personales a sus amigos del deseo de publicar las obras completas, que nunca salen -se supone- por problemas financieros (o mejor: de financiación). La segunda está en una carta que le escribe Gutiérrez: “Usted que es tan busca vida, y que con nada hacía dinero -le pregunta-, ¿no hallará nuevas vetas que explotar?”. Como señala Alberto Palcos en su biografía, Echeverría “no tiene oportunidad de desplegar en la proscripción la habilidad para las faenas prácticas y lucrativas de la industria que puso en juego en Buenos Aires”.²⁸

Cerrado el camino de la aspiración profesional y cerrado el camino del industrialismo, ¿qué le queda al escritor sino la mera venta de sus libros, el diarismo, la escritura por encargo del gobierno, la subvención u ocupar puestos oficiales? Echeverría tuvo la oportunidad de dirigir un periódico y de escribir por encargo del gobierno; sin embargo, eligió la venta de libros, como si fuera su propio librero, y diversos tipos de subvención, como si buscara un padrino. Sólo tardíamente y por única vez, aceptará un encargo oficial y un cargo vinculados con la instrucción pública, como si a través de la educación pudiera encauzar su misión social.

Mientras en los momentos de mayor éxito las canciones “del célebre Echeverría” se ofrecían a la venta en los periódicos, en los primeros años del exilio el poeta insistirá en el pedido de apoyo oficial para la publicación de sus inéditos, logrando así vender los originales de *La guitarra*. Entre esos dos extremos se mueve Echeverría. Sólo que si llega a la exageración tanto en su negativa a convertirse en publicista como en el pedido de ayuda a sus amigos y de subsidios al Estado, nunca confunde la venta de los escritos con la venta de la escritura. Esta diferencia es crucial y abre aguas respecto de la relación que gran parte de los intelectuales argentinos tuvieron con la prensa y con el Estado durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En ese punto, y a diferencia del ejemplo más sagaz para aprovechar intelectualmente esas instancias laborales como es el de Sarmiento, Echeverría no puede o no sabe negociar. El negocio de los libros es, en su sentido más productivo, la frustrada aspiración profesional, y, en su sentido más negativo, la rifa compensatoria. En el medio, para Echeverría, es decir en la instancia de negociación, parece no haber nada: ni periódicos que dirigir o donde colaborar, ni escritos por encargo de los que pueda sacar partido para difundir ideas o crear un público.

En ese sentido, la única salida laboral oficial que parece quedar exenta o bien de la negociación estratégica o bien del mercenarismo del que acusa a un Pedro de Ángelis es la carrera en el área de educación. Es que, en vista de la trayectoria de buena parte de los intelectuales argentinos a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, puede afirmarse que la educación es un modo de resolver la contradicción entre literatura y dinero, y de conjurar, a la vez, los problemas de la profesionalización. En el caso de Echeverría la educación es el canal para la aceptación del encargo y el cargo públicos. El encargo, del ministro de Hacienda y amigo personal Andrés Lamas, da por resultado el *Manual de Enseñanza Moral*, que habría comenzado a escribir en 1844 y publica dos años después. El cargo, en parte consecuencia del pedido anterior, es un nombramiento para integrar el recién creado Instituto de Instrucción Pública del Uruguay en setiembre de 1847, que deriva en su participación en la Universidad de Montevideo, al cual aquél contribuyó a fundar un par de años más tarde. Antes que una claudicación, el encargo y el nombramiento son una prueba de las dificultades o reparos de Echeverría para integrarse a las instituciones. Por lo pronto, la publicación del *Manual de Enseñanza*, empresa por la cual llegó a suspender la composición de *El Ángel caído* y a la que se refiere en las cartas

personales insistiendo en su interés por el tema y en el valor educativo del libro, tuvo una recepción frustrante tanto en lo intelectual como en lo material. Mientras las ganancias por la venta de la primera edición fueron consagradas a los inválidos de guerra, la posibilidad de que el texto se adoptase para la enseñanza pública nunca se concretó. Para llevar a cabo el encargo, Echeverría dedica a la escritura varios años, pero no obtiene ninguna de las dos cosas que se podrían esperar de él. Basta comparar el modo en que realiza el encargo y las recompensas efectivas que éste le dio, con los libros de educación de Sarmiento (o, en el siglo XX, con otro caso paradigmático: Leopoldo Lugones), para darse cuenta de que la relación entre la inversión y la ganancia es desproporcionada.

Escrito casi a la par de la *Ojeada retrospectiva* que acompañaría la nueva edición del *Dogma*, el *Manual* retoma, en clave pedagógico moral, algunas de sus ideas, pero además reescribe casi todas las obsesiones que conformaron el pensamiento de Echeverría en la década de 1830 y que podríamos nuclear alrededor de la noción de “hombre productor”. Ya no como apuesta (personal y nacional) de mediano plazo sino como consejo, este libro tan peculiar dentro de la obra de Echeverría incluye un capítulo dedicado al trabajo donde se subraya, por un lado, la distinción y equiparación entre la producción material y la intelectual, y por otro lado, el valor de cambio de esa producción. “Uno y otro trabajo son igualmente legítimos y necesarios -afirma validando el trabajo con bienes “espirituales”-, porque ambos tienden al bienestar y conservación del individuo y la sociedad” (OC, 245). “El trabajo se resuelve en producción, y la producción en riqueza por medio de las permutas o cambios -agrega más adelante-. Así el zapatero cambia su obra por plata, el mercader sus géneros, el abogado sus escritos, y cada cual el producto de su labor por moneda o cosa que la valga.” (OC, 246).²⁹ Todavía en 1846, Echeverría no concibe que no haya una retribución económica a cambio de un trabajo. Todavía entonces, y pese a su aspiración fallida, entiende que la literatura es una ocupación equiparable a cualquier otra y cuyo producto (la poesía, el ensayo, o el libro) debe tener un valor de cambio en el mercado. En un tono en el que lo programático ha cedido lugar a lo persuasivo, Echeverría parece seguir soñando otro destino para la industria y la literatura nacionales.

Ese mismo año, les escribe una carta a sus amigos Alberdi y Gutiérrez, en la que hace una declaración que ha logrado cierta celebridad: “no tengo salud, ni plata, ni cosa que lo valga, ni esperanza, ni porvenir y converso cien veces al día con la muerte hace cerca de

dos años”. Si bien a primera vista llama la atención el lamento contenido y la desesperación silenciada, probablemente no importe tanto, para quien ha cultivado la pose del romántico careciente, no tener ni salud ni dinero, e incluso pueda parecer distinguido, para un simpatizante del doctor Faustus y de don Juan, conversar a menudo con la muerte. En cambio, podría subrayarse de la frase otra cosa bastante más frustrante para ese mismo personaje romántico: no poseer nada que valga algo, haber perdido, por ello, la esperanza y el porvenir. En esa parte de la frase, antes que leer la carencia y el despojo, prefiero leer la pérdida: el deseo que una vez se tuvo, las expectativas que debieron abandonarse. Como si la literatura ya (o todavía) no valiera nada.

¹ Siguiendo a los románticos europeos, el mismo Echeverría, en uno de sus inconclusos ensayos de estética, define el estilo como “la fisonomía del pensamiento, a cuyos contornos y rasgos dan realce y colorido el lenguaje, los períodos y las imágenes”. Vinculado a la vez con la forma y con el fondo, para Echeverría el estilo siempre es propio y original: diferencia a quien lo posee de la mediocridad característica de quienes imitan, es decir de aquellos cuyas obras “ni salen del linaje común, ni hieren, ni arrebatan” (“Fondo y formas en las obras de imaginación”, 358). Todas las referencias de Echeverría se indican con el número de página y remiten a las *Obras completas de Esteban Echeverría*, edición de Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1972.

² Juan María Gutiérrez, “Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría”. Las referencias de la biografía de Gutiérrez remiten a las *Obras completas* (op. cit., 9-52) y se indican a continuación de la cita con número de página. Todavía en los años setenta, en pleno *revival* romántico en el Río de la Plata, Gutiérrez elige resaltar en su amigo los valores más propiamente románticos: integridad, sinceridad y -para decirlo con Isaiah Berlin- “propensión a sacrificar la vida propia por alguna iluminación interior, el empeño en un ideal por el que sería válido sacrificarlo todo, vivir y también morir” (Berlin, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000, 27-8).

³ Para un panorama de las diferentes líneas del romanticismo francés, sus relaciones y sus funciones, que resulta útil para pensar cómo era el clima romántico vivido por Echeverría en París, ver Paul Benichou, *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1981.

⁴ Para la relación cultural entre el viaje, las lecturas y el romanticismo en Echeverría, así como para su doble faz de poeta e ideólogo, ver la parte a cargo de Beatriz Sarlo en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “Prólogo” a Esteban Echeverría, *Obra escogida*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, IX-L (incluido con el título “Esteban Echeverría, el poeta pensador” en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997). Me interesa, en esta oportunidad, incorporar a esas relaciones el aspecto material de la idea de literatura que manejan los románticos.

⁵ Para una entrada posible acerca de la economía en *La cautiva y El matadero*, ver en este mismo volumen, respectivamente, “Un desierto de ideas” de Fermín Rodríguez y “Las fronteras de la muerte” de Martín Kohan.

⁶ Sigo en las consideraciones generales acerca del hombre productor, el reproductor y el consumidor, y sus relaciones con la estética en el siglo XIX, a Regenia Gagnier, *The Insatiability of Human Wants. Economics and Aesthetics in Market Society*, Chicago & London, The Chicago University Press, 2000. Gagnier, cuyo eje está puesto en la categoría de consumo, desarrolla la tesis de que la política económica contribuye a modelar la filosofía, la literatura y la estética, además de ser una teoría normativa de las relaciones sociales.

⁷ Incluida en el excelente “Apéndice documental”, que consta de las notas de viaje y algunas otras cartas, de Alberto Palcos para su *Historia de Echeverría* (Buenos Aires, Emecé, 1960, 219). Todas las cartas citadas pertenecen a esta edición salvo indicación contraria.

⁸ El *Diario de gastos* de Sarmiento fue publicado por primera vez en 1950 y recién a finales de esa década acompañó la edición de los *Viajes*; desde entonces, todos los editores y comentaristas acuerdan en que se trata de “una notable contribución al mejor conocimiento de este extraordinario personaje, que viene a rectificar equivocados conceptos, que la mayoría de sus biógrafos ha sustentado, por el desconocimiento de esta curiosa libreta, que nos hará ponernos en contacto con un hombre distinto, humanizado, prolijo, detallista y ordenado como pocos” (Antonio P. Castro, Estudio y ordenamiento de D. F. Sarmiento, *Diario de gastos*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, 1950). Mientras los rasgos que se desprenden de la libreta de gastos vendrían a mejorar la figura de Sarmiento a la luz de los valores del siglo XX, los que se desprenden de los comentarios sobre sus gastos en las cartas de Echeverría parecen interferir en la imagen desinteresada del poeta que ingresó a la historia de la literatura nacional.

⁹ Debido a los escasos recursos materiales, los jóvenes de la generación del 37 fueron comerciantes (como Echeverría, Sarmiento y Alberdi) o empleados públicos en dependencias ministeriales (como Gutiérrez, quien fue segundo ingeniero del Departamento Topográfico).

¹⁰ D. F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979, 158.

¹¹ Del mismo modo, ese autodidactismo tan mentado por Sarmiento podría adjudicársele a Echeverría, quien nunca llegó a completar una educación formal. Sólo que todo rastro de autodidactismo ha sido omitido en sus escasas referencias autobiográficas (ya sea de índole privada como las cartas o pública como los ensayos), donde apenas se mencionan las vías de acceso al conocimiento, y también en la narración biográfica de Gutiérrez, quien sin embargo no duda en aprovechar casi por completo la información disponible para su semblanza.

¹² Sigo en la historización de estas cuestiones la iluminadora lectura de Martha Woodmansee sobre el romanticismo alemán del siglo XVIII: “The Genius and the Copyright: Economic and Legal Conditions of the Emergence of the Author”, *Eighteenth-Century Studies*, Vol. 17, N° 4, Special Issue: The Printed Word in the Eighteenth Century, Summer 1984 (425-448), 427 (incluido como capítulo 2 de su libro *The Author, Art and the Market. Rereading de History of Aesthetics*, New York, Columbia University Press, 1994).

¹³ Para un despliegue de los distintos aspectos vinculados con la noción de autor en Echeverría (el nombre, la recepción y el público, entre otros), ver en este volumen “La formación del autor. Apuestas, retos y competencias” de Graciela Batticuore.

¹⁴ Mark Rose, “The Question of Literary Property”, *Authors and Owners. The Invention of Copyright*, Cambridge & London, Harvard University Press, 1993 (1-8), 7 (la traducción es mía).

¹⁵ Esteban Echeverría, “Cartas a don Pedro de Ángelis editor del Archivo Americano”, *Dogma socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Estrada, 1956, 185-270; las citas corresponden a las páginas 211, 252 y 253. Para una lectura minuciosa de esta polémica, que contempla aspectos como la política, el juvenilismo, el periodismo o el dinero, ver en este mismo volumen “Cartas a un amigo. La polémica con De Ángelis en el contexto de recepción del *Dogma socialista*” de Claudia Roman y Patricio Fontana.

¹⁶ Es ilustrativo de este conflicto un caso contemporáneo muy diferente: en un aviso de 1838, *La Moda* anuncia que “desde su origen, no ha sido establecida con mira de un lucro pecuniario. Habría sido un medio de especulación demasiado pobre. Los que la redactan no han caído todavía en estrecheces semejantes (...) La frivolidad de sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarles su dinero, sino para hacerles aceptar nuestras ideas.” (*La Moda*, n° 18, marzo 17 de 1838, “Aviso”).

¹⁷ Para un recorrido a lo largo de las reuniones realizadas en el Salón literario y la participación en el mismo de Echeverría, ver Félix Weinberg, *El Salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977, 87-97.

¹⁸ Para una lectura del *Avellaneda* y un comentario de la citada nota al pie, ver en este volumen “Preciso es que haya mártires” de Pablo Ansolabehere.

¹⁹ Fragmento biográfico sin fecha, en Esteban Echeverría, *Los ideales de Mayo y la tiranía*, Buenos Aires, Jackson, colección Grandes Escritores Argentinos, s/f, 220, el subrayado es mío.

²⁰ Si bien hay en el libro de Alberdi otros puntos de contacto con Echeverría, me ciño aquí a lo estrictamente económico. Con respecto a su circulación: aunque el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* se da a conocer recién a mediados de julio de 1837, ya en enero de ese año sale un prospecto anunciando sus contenidos; se desata entonces una polémica con unitarios como Andrés Lamas y Florencio Varela que impulsa a Alberdi a agregar una extensa nota sobre los “discípulos de Bentham” cuando el texto estaba ya en la imprenta.

²¹ Todavía a fines de los cuarenta, o sea en plena oposición al rosismo, Echeverría dirá en la polémica con De Ángelis que el gobierno unitario “no supo combinar el sistema *restrictivo* con la libertad de comercio para fomentar algunas industrias nacionales” (DS, 239).

²² Si, en términos generales, en *La cautiva* puede leerse una fábula de la producción, en *El matadero* puede leerse una fábula del mercado: hay carestía, hay inflación, hay relación entre oferta y demanda, y hay cotizaciones diferenciales de los productos ofrecidos al consumo (de aquello que se produce en el campo, en las tierras cercanas a las de *La cautiva*).

²³ Las cuestiones sugeridas, en orden, son las siguientes: libertad de prensa, soberanía del pueblo, esencia y formas de la democracia representativa, economía, administración, milicia nacional, estado de la cultura intelectual (283-4). También en la *Ojeada* hace mención al programa “redactado de prisa, en vísperas de irme al campo” y a sus puntos principales, entre los que enumera la cuestión económica (286).

²⁴ Cristina Iglesia, “La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento”, *La violencia del azar. Ensayos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, 65-75.

²⁵ Con otras aristas, el problema de la adquisición de poder aparece varias veces en la obra política de Echeverría. En el *Dogma*, por ejemplo, se habla de la representatividad y cómo le corresponde a todas las “propiedades”, entre las que cuenta la intelectual, haciendo la salvedad de que hasta el momento, por herencia colonial, sólo estaba representada por doctores y clérigos (DS, 298).

²⁶ N° 204, sin fecha, De Florencio Varela a Juan María Gutiérrez. Autógrafa. Archivo Gutiérrez C. 9 C. 36 L. 5 C. 3, en Juan María Gutiérrez, *Archivo del doctor Juan M. Gutiérrez*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1979.

²⁷ “Creemos que los que como nosotros hayan leído los ‘Consuelos’ y las dulcísimas ‘Rimas’ de este vate que ha habierto (*sic*) entre nosotros a la poesía un camino nuevo se apresurarán a hacerse de libros que han sido suyos. Las obras son todas escojidas y de los mejores autores.” Menciono algunos de los volúmenes dados a la venta que -se supone- serían o bien los más valiosos económicamente o bien los de menor interés para su dueño. En francés: obras completas de Rousseau, Volney, Plutarco y Voltaire; *De l’Allemagne* de Mme. de Stäel; títulos de Victor Cousin, Bentham, Benjamin Constant y Villemain; algunos libros sobre justicia y hacienda; fábulas de La Fontaine, cuentos de Hoffman, las comedias de Aristófanes y las tragedias de Sófocles. En español: Garcilaso, Saavedra Fajardo, el tomo de poesías de Fernández, y traducciones de *El Paraíso Perdido* de Milton y la *Utopía* de Tomás Moro.

²⁸ Alberto Palcos, op. cit., 131.

²⁹ “Con el trabajo se adquiere y se aglomera la propiedad, y la propiedad asegura la subsistencia, el bienestar del individuo, de sus hijos y el porvenir próspero de la familia.

Y como la sociedad se compone de familias y hombres, resulta que enriqueciendo por el trabajo los ciudadanos, la sociedad también enriquece y prospera; y la patria se hace gradualmente rica y poderosa, y con su poder y riqueza halla los medios de hacerse respetar de los otros pueblos y de asegurar su independencia y libertad, del mismo modo que la asegura el individuo trabajando.” (246)